

***EL ADMIRADOR DE PRÓSPERO***

***Gerardo Ciancio***

*Mi aspiración inmediata es despertar con mi prédica, y si puedo con mi ejemplo, un movimiento literario realmente serio correspondiente a cierta tendencia ideal, no limitado a vanos juegos de forma, en la juventud de mi querida América.*

José Enrique Rodó a Miguel de Unamuno,  
12 de octubre de 1900

**I**

La producción de los integrantes de la llamada generación del 900 es, mirada con la perspectiva de un siglo, la piedra fundacional de la literatura uruguaya. Aunque parezca esta una afirmación fuerte, podría ser el boceto de una hipótesis provisoria para desplegar un trabajo de relectura de nuestro sistema literario, de sus modos de producción, recepción, circulación y prácticas de relacionamiento. El propio concepto de “generación” nos informa de un grupo más o menos contemporáneo, más o menos intercomunicado, sostenido en ideologemas comunes y diversos —o, por lo menos, distanciados—, con un cierto grado de aleatoriedad histórica, con una determinada resonancia en los públicos lectores críticos y no especializados, nacionales y extranjeros.

Con respecto a este último extremo, la historia de la literatura hispanoamericana, en su entramado más fino, nos ofrece algunos ejemplos. Sirvan como testimonio concreto estos dos episodios narrados por sus protagonistas peninsulares en el primer lustro de los años cuarenta: Cuando frisaba la edad de veinte años, Rafael Alberti confiesa la rara oportunidad que tenían los hombres y mujeres de su generación para leer los poemas de Julio Herrera y Reissig.<sup>(1)</sup> Del mismo modo, Juan Ramón Jiménez confiesa la “misteriosa actividad” que se generaba entre sus contertulios de un madrileño 900, cuando surgía en la plática el nombre del uruguayo José Enrique Rodó: “*Ariel*, en su único ejemplar

---

(1) “[...] en aquel tiempo tener un libro de Herrera y Reissig se hacía más difícil que un ejemplar de la edición príncipe de Garcilaso.” Rafael Alberti, “Imagen primera de la

conocido por nosotros, andaba de mano en mano sorprendiéndonos. ¡Qué ilusión entonces para mi deseo poseer aquellos tres libritos delgados azules, pulcros, de letra nítida roja y negra: *Ariel*, *Rubén Darío*, *El que vendrá !*”<sup>(2)</sup>

Los versos de Herrera y la prosa de Rodó navegaban por el imaginario colectivo español desde los albores del siglo XX. Las dificultades para acceder a sus textos y la distancia oceánica entre ambas capitales, promovían el misterio, la devoción silenciosa y transformaban a los autores uruguayos frente a los ojos de los jóvenes españoles, en una suerte de inconfesados escritores ‘de culto’.

## II

En los primeros meses de 1902, Juan Ramón Jiménez decide enviarle un ejemplar de sus *Rimas* al autor de *Ariel*. El poeta moguerño, recién llegado de Francia, está convaleciendo en el madrileño sanatorio del Rosario, donde es visitado, entre otros, por dos jóvenes colegas: Manuel y Antonio Machado, escuchas de sus versos:

“Yo estoy pensando en que hay cuerpos  
Que sobran acá en la tierra,  
Porque sujetan las almas  
Cuando las almas se elevan.”

En un interesante trabajo de 1954<sup>(3)</sup>, Emir Rodríguez Monegal –quien hurgó en los archivos de ambos autores– publica la correspondencia entre Rodó y Jiménez. Allí anota este envío que realizara el poeta andaluz –“Juan R. Jiménez (todavía no firmaba Juan Ramón)”– a su admirado maestro uruguayo.

También la crítica española da cuenta de este episodio, en el marco de la repercusión que tuvo el tercer libro de Jiménez en ese año de 1902:

poesía de Julio Herrera y Reissig” en *Imagen primera de ...*, Buenos Aires, 1947, Editorial Losada, p. 127.

(2) Juan Ramón Jiménez: *Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1942. La semblanza sobre Rodó, así como la de Asunción Silva y Antonio Machado, fueron publicadas bajo el título “Españoles de Tres Mundos” en la Revista *Sur*, Buenos Aires, 1941, Año X, N° 79.

(3) El trabajo sobre la correspondencia entre José Enrique Rodó y Juan Ramón Jiménez (con el texto de todas las cartas) fue publicado por Rodríguez Monegal en *Marcha*, año

“La nueva calidad de los versos juanramonianos, íntimos, sentidos, no pasó desapercibida; la crítica de *Rimas* salió en gran parte de ese grupo nuevo y se publicó en los periódicos y revistas de Madrid. [...] La leal Sevilla volvió a escribir sobre su amigo poeta y hasta América tomó nota: *El Cojo Ilustrado*, una de las revistas más venerables de Venezuela, publicó un artículo largo sobre *Rimas*, y el gran hispanoamericano José Enrique Rodó, a quien Juan Ramón le había mandado un ejemplar pidiéndole su opinión ‘sobre esos pobres versos’, se los celebró desde Montevideo.”<sup>(4)</sup>

Esta celebración de la lírica de Jiménez se textualiza en una carta que le envía Rodó fechada el 2 de julio de 1902. Por ese entonces, el pensador uruguayo estaba dedicado a la tarea legislativa (especialmente, en ese invierno, a la elaboración de un proyecto de temática universitaria) y había renunciado a su cátedra de Literatura.<sup>(5)</sup> Según leemos en su epístola, no duda en señalar las bondades de la despuntante producción juanramoniana:

“Bien venido, muy bien venido su libro. Me ha ofrecido usted con él la grata oportunidad de alejarme por una hora más de preocupaciones ajenas a las letras, en días en que, por tales preocupaciones, leo mucho menos de lo que yo quisiera. Esto solo ya merecería agradecimiento; pero es la impresión de la lectura suave y reparadora lo que debo agradecerle más.

Si le escribiera con más tiempo y más reposo de espíritu, esa impresión me daría tema para llenar muchas páginas. Pero he de contentarme casi con decirle que su libro me ha gustado mucho y que veo en usted una hermosa alma de poeta”.

Siete años después, precisamente el 17 de setiembre de 1909, Rodó le escribe a Jiménez agradeciéndole su última carta y el envío de los dos primeros tomos de sus *Elegías*, a saber, *Elegías, I. Elegías Puras* (Madrid, 1908) y *Elegías, II. Elegías intermedias* (Madrid, 1909). Nueva-

---

XVI, N° 725, del 25 de junio de 1954. Ese mismo trabajo se reproduce luego en *José Enrique Rodó. Obras completas*. Editadas con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Editorial Aguilar, 1957, pp. 1331-1335. Las citas del presente artículo pertenecen a esta edición.

(4) Graciela Palu de Nemes: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Editorial Gredos, 1957, p. 88.

(5) “En 1902 Rodó renuncia a su cátedra de literatura a fin de poder consagrarse plenamente a su labor parlamentaria. Hay que reconocer que para Rodó la política fue también una vocación, casi tan fuerte en él, como la literaria.” Mario Benedetti, *Genio y Figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p.52.

mente la pluma crítica de Rodó sintetiza las características de este (ya reconocido y no tan nuevo) poeta español:

“Poeta y amigo: Bien venida su cariñosa carta y bien venidos sus dos últimos libros que he leído con grave deleite:

Su poesía es de usted en fondo y forma: es su alma misma en la más pura y transparente expresión que un alma puede darse en palabras.”

En esa primavera montevideana nuestro compatriota es legislador por segunda vez. Había sido electo diputado el año anterior, luego de haber renunciado a un ofrecimiento del rector de la Universidad para volver a dictar la cátedra de Literatura.

El vate andaluz está radicado en Moguer desde 1905. Festejado y, por momentos, no comprendido. Triunfante en la búsqueda de nuevos paradigmas poéticos y entregado a una vida pueblerina: “Estoy cada vez más dentro de mi vida y más fuera de la literatura” le confiesa a Andrés González Blanco.

### III

Dos son las cartas que recibe Rodó de Juan Ramón Jiménez. La primera, no más de diez líneas escritas en el invierno de 1903, como respuesta al envío de un ejemplar de *Ariel*. Al cierre, expresa el poeta convaleciente: “No nos olvide, querido maestro, y mande cuanto quiera a su verdadero admirador.”

La segunda, de fines de julio de 1909<sup>(6)</sup>, no mucho más extensa que la anterior, tematiza su motivo desde las primeras líneas y excusa el interregno de silencio epistolar:

“Querido maestro: Acabo de recibir sus *Motivos de Proteo* y me apresuro a enviarle estas palabras de agradecimiento, después de tantos días de recuerdo y de cariño. ¡Nadie como yo le admira; y, sin embargo, por esta enorme enfermedad de la voluntad que me corroe, pasan meses y años sin decirle todo lo que quisiera! [...] esta carta es sólo una rama de cariño.”

---

(6) Esta fecha es la que consigna Roberto Ibáñez en “Correspondencia de José Enrique Rodó”, Revista *Fuentes*. Órgano del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, Montevideo, Año 1, N° 1, agosto de 1961, p.115.

## IV

Rodó, parece una afirmación de Pero Grullo, fue un notable crítico literario. No siempre atinado o ecuánime, pero siempre exigente con sus juicios y con su propio enunciado valorativo. Concebía a la crítica como un género y como un ejercicio de ideas y emociones. Tallaba en su escritura la convicción de asumir una praxis trascendente y desplegaba para ello su “portentosa disciplina literaria”<sup>(7)</sup>. Según Emir Rodríguez Monegal, “Rodó demuestra una comprensión cabal del escritor y de la obra, aunque algunos fueran (como J.R.J., como Barrett) autores noveles; maneja sin alardes eruditos una minuciosa información y realiza una crítica que, en líneas generales, debe llamarse *empática* porque pretende ubicarse dentro del clima mismo de la creación de la obra, para juzgarla en profundidad y con amor.”<sup>(8)</sup>

Por ejemplo, en la segunda carta que le enviara a Juan Ramón Jiménez (así como en el artículo publicado en *El Mirador de Próspero*), Rodó intuye en su lírica una *andalucidad* diferente: la invención poética de una Andalucía “soñada más que real”: “[...] el sol que usted canta no es el que ven los demás en Andalucía: es el *suyo*, el que usted ve: es el sol velado, melancólico y mustio que difunde sobre los campos su pena de enfermo en una página admirable de las *Elejías*”.

En las dos cartas que le enviara a Juan Ramón Jiménez, así como en el artículo crítico “Recóndita Andalucía” (1910)—que es una reelaboración de la segunda<sup>(9)</sup>— publicado en *El mirador de Próspero* (1913), el autor de *Motivos de Proteo* caracteriza y analiza con fermental brevedad a la producción lírica del andaluz, cuya retórica preanuncia algunos perfiles de las retóricas de la generación del 27 y refresca “una poesía tan inmovilizada en viejos moldes, como la de nuestro idioma.”

De acuerdo con lo que expone Rodó en el texto epistolar de 1902, Jiménez tiene “un sentido suficientemente fino del carácter del verso castellano.”

En esa misma página de esta breve correspondencia, leemos:

---

(7) Roberto Ibáñez, “El ciclo de Proteo”, en *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, N° 1, mayo de 1967, p. 9.

(8) Emir Rodríguez Monegal, op. cit. , p. 116.

(9) Carlos Real de Azúa consigna a este artículo como una “carta a Juan Ramón Jiménez del 17 de setiembre de 1909” y la data en “1909 y no de 1909, aunque pudo llegar ese año a la forma con que penetró en el libro” . Prólogo a *El mirador de Próspero*, Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, Montevideo, 1965, Vol. 79, Tomo I. Cfr. notas de las pp. XII y XIV respectivamente, del prólogo referido.

“[...] veo transparentarse en las páginas de su libro una verdadera alma de poeta, muy llena de naturalidad y delicadeza en el sentir, muy enseñoreada de los tonos suaves de la descripción y de la sencillez y elegancia de la forma [...]”

Y en la carta de 1909 firmada por Rodó, este le manifiesta al español:

“Infunde usted de tal manera su espíritu en las condiciones de la forma poética, que nuestro idioma, en sus versos, parece pasar por una verdadera transfiguración.”<sup>(10)</sup>

Rodó, a través de su lectura de fuerte impronta impresionista, descubre prematuramente, en los libros de Jiménez, al poeta de la forma, al que arriesga con la propuesta de nuevos diseños rítmicos, diseños controlados por una preclara conciencia estética. Rodó descubre una poética de la escritura diversa a la de la generación del 98:

“Leyendo sus versos se reconocen, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de espiritualidad musical, de vaguedad aérea, que cabe arrancar al genio de una lengua tenida por tan exclusivamente pintoresca y plástica.”

Asimismo, el “querido maestro” construye en su primera carta una suerte de juego intertextual: le otorga a la textualidad lírica de Jiménez un cierto “becquerianismo” y un carácter marcadamente “heiniano”. Más que en el gesto romántico, ambas poéticas se encuentran en su laboreo con el lenguaje, con los experimentos rítmicos, con la preocupación por la forma, componentes estos que perduran en el tiempo y mantienen la vigencia de ciertos modos de producción lírica:

“La vinculación de su poesía con el becquerianismo es evidente, y, tratándose de un temperamento como el de usted, muy natural y muy laudable. Esa manera alada, suave, desdeñosa del efecto plástico y dotada de recóndita virtud sugestiva, no debe dejarse perder en el verso castellano.”

Y agrega Rodó: “Bécquer creó y selló con su genio toda una forma poética nueva, que tiene eficacia bastante para persistir, como tal forma, al través de las modificaciones del gusto y el sentimiento en poesía, pues ofrece inefables ventajas con sujeción a ciertos matices de la lírica que no perecerán jamás, cualesquiera que sean los cambiantes a que se presten, porque son, en cierto sentido, los más esencialmente líricos de todos.”

(10) En “Recóndita Andalucía” de *El mirador de Próspero*, leemos: “Infunde el poeta de tal modo su espíritu en los caracteres de la forma, que nuestra lengua, de duro bronce resonante, semeja pasar en sus versos por una entera transfiguración”. Cfr. Emir Rodríguez Monegal, op. cit., p. 613

Muy cerca de este programa estético que Rodó le adjudica al “becquerianismo” se encuentra el purismo (¿nudismo?) poético y la concepción de la “poesía absoluta” que preconiza Juan Ramón Jiménez. El poeta de Moguer escribirá dos décadas más tarde: “La poesía no es, no puede ser menos ni más que poesía.” Y más abajo agrega:

“La poesía no admite moda, porque ‘es’ desnuda.

Para que el arte no sea nunca ‘pasado’, bastará con tenerlo desnudo.”<sup>(11)</sup>

## V

Esta amistad transatlántica entre un ensayista que incursionó con timidez de aprendiz por la lírica y un poeta que inyectó sus ideas estéticas en audaz retórica ensayística, nos asoma a un escenario cultural hispanoamericano que debemos reconstruir y analizar para poder comprender en su cabal complejidad los flujos y reflujos entre las poéticas peninsulares y ‘las letras del continente mestizo’.

Comprender los hechos estéticos del 900 y sus nexos con el campo intelectual de nuestra lengua, dando cuenta de una hermenéutica que se implique en la interpretación de esos hechos con criterios dialógicos y cierto prurito arqueológico (quizás de raigambre foucoulitiana), es una posibilidad abierta. Abordar, ya con una distancia secular, la lectura de los textos y los metatextos, de los registros epistolares y personales, de los enunciados programáticos o críticos, configura un camino cierto.

¿Cómo explicar, por ejemplo, que en una carta a Miguel de Unamuno del 10 de diciembre de 1901<sup>(12)</sup>, Rodó reconociera la existencia de un “desierto intelectual” en España” y una “literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal” en América?

---

(11) “Aforismos. Complemento estético”, en *El Sol*, Madrid, 26 de marzo de 1933. Citado por Juan Cano Ballesta en *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)*, Madrid, Editorial Gredos, 1972, pp. 84-85.

(12) Emir Rodríguez Monegal, op. cit., p. 1310